

TRAICIÓN DE MADRUGADA

Novela extraída del libro TIEMPO DE CASTIGO
Basada en el asesinato de Patricia Cortés Hernández

Por: Pilar González

PRIMERA PARTE

Verano de 1991

UNA LLAMADA TELEFÓNICA interrumpió su salida a comer. No acostumbrados a encontrarse con escenas desapacibles por habitar en una ciudad tranquila, guardaron silencio y de inmediato abordaron el vehículo oficial.



En el trayecto al lugar señalado, los miembros del cuerpo policiaco determinaron no hacer conjeturas. Cierta era que había ocasiones en la que se disputaban la resolución de casos difíciles simplemente por emitir una opinión por radio o por salir en la televisión, representaba una salida del anonimato, un salto breve a la estratósfera de la fama. Sin embargo, sería mejor localizar el fraccionamiento Uvas, la calle del mismo nombre y el domicilio marcado con el número 115.

El calor era intenso, la última tarde de agosto del año posterior al eclipse total de sol.

- Allí es-, pensaron para sí los investigadores en turno.

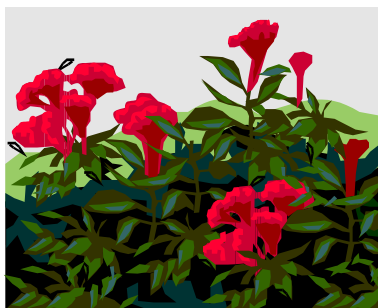
Se detuvo el automóvil cerca de la acera que los conduciría en un momento al suceso escalofriante que les aguardaba.

La puerta principal se encontraba abierta sin daños aparentes en su estructura. Varios libreros metálicos ensamblados formaban parte de la ornamenta del lugar. En la sala sobre un sillón, una pañalera; el lugar en donde se preparaban los alimentos estaba constituido por una cocina integral y en el fregadero, a la vista, varios platos sucios. El baño alojaba en el piso una pantaleta blanca y dos calzoncillos en dos diferentes tonos de azul; en el inodoro ya desintegrada en el agua, una colilla de cigarro... Frente a ese lugar se destacó el sitio tan buscado: la recámara.

Instantes después, los investigadores coincidieron en ésta. La puerta que los invitaba a entrar los llevó a localizar un tocador con un cajón y una de sus puertas abierta. Allí mismo había una cama matrimonial ligeramente fuera de su posición original sobre la que yacían varios cobertores en desorden, dos biberones sin contenido alguno y al lado de ésta, un clóset.

Entre el clóset, la cama y el tocador: estaba ella.

ASÍ HABÍA TRANSCURRIDO LA MAÑANA. Era un día aparentemente normal, como cualquiera... Los vecinos de la calle Uvas se alistaron a temprana hora para acudir a sus centros de trabajo. En medio de mimos y despidos, de manera cotidiana varias parejas coincidían en el momento de la partida matutina en sus jardines que también servían como estacionamiento particular.



Como era su costumbre, Aranza salió a despedir a su esposo con la intención de volver inmediata a su domicilio en donde le esperaba su pequeña hija Lucía.

El clic de la puerta alterna llamó su atención. Era Manuel Murillo a quien el día parecía oscuro. Dejó notar malhumor desde la salida de casa, se aproximaban las nueve con diez minutos de la mañana y fue hasta la embocadura de su vivienda cuando dio cuenta de la presencia de los vecinos quien a diferencia de otras ocasiones, apenas saludó. Proyectaba fastidio. Una mala noche, insomnio quizá.

Estaba casado con Alicia Cortés y vivían pendientes de una crisis económica que les adolecía. Así lo manifestaban los diarios íntimos que en sus ratos libres pacientemente Lyz, como le llamaban de cariño sus allegados, escribía.

Los dos ejercían trabajo desprendido del área de contaduría, por lo que todos los días Manuel tenía que recorrer largas avenidas que los conducían al centro de la ciudad para desempeñar sus labores.



Ella por su parte, de común acuerdo había decidido un receso simulado pues muy frecuentes eran las ocasiones en que maquilaba trabajos a despachos contables.

El era un hombre joven, menor por cuatro años a la edad de Alicia, había estado en el seminario hasta que se percató de que su camino era otro. Fue cuando conoció a su esposa con quien había procreado un bebé que en ese entonces cumpliría siete meses de edad. José Manuel se llamaba. Sin embargo, esa mañana nadie salió a despedirlo.

Confuso Manuel, regresó un instante al quicio de la puerta y sin más, volvió al auto de su esposa para retirarse del lugar.
La pareja que lo observaba restó importancia.

Apenas cinco minutos después de la salida de su vecino, llamaron al postillo de la casa de Aranza, quien sin detenimiento acudió al aviso.

- Buenos días, ¿Qué se le ofrece? -, preguntó.
- Oiga señora, ando buscando chamba, déjeme arreglar el desnivel de su banqueta -, insinuó el solicitante.
- No puedo emplearlo sin consultar primero a mi marido y regresa hasta la hora de la comida -, aseveró la mujer.
- Anteayer, su vecina de a lado me dijo que del aljibe que están haciendo iban a ocupar a alguien para terminarlo y que regresara, pero toco y toco y no abre la puerta. ¿No sabe porqué no abre? ¿Estará dormida todavía?

Fue insistente el aclamo de un hombre joven, moreno, de cabello recortado, vestido con camisa sport a cuadros y pantalón de mezclilla deslavado.



- A lo mejor está dormida-, exclamó de nueva cuenta. -¿Cree que se enoje si sigo insistiendo en que me atienda?-, cuestionó.
- Es posible-, señaló la mujer con su paciencia llegando al límite.
- ¿No tendrá algo para hacerme de comer? Digo, ¿algo en que me pueda calentar mi comida mientras consigo herramienta de trabajo en alguna otra casa? ¡Ay nomás de favor doña!

Mientras Aranza le hacía entrega de una sartén y varios utensilios de cocina, el hombre le hizo saber que provenía de otra ciudad, que a esa hora tan temprano se le hacía extraño que su vecina no estuviera en la casa.

Tan pronto como la mujer pudo deshacerse de la insistente persistencia del individuo, la invadió un presentimiento.



Lo que parecía un día tranquilo quedó en entredicho ante la sola presencia de un inope desconocido que había contagiado el ambiente de una especie

de tensión inexplicable de momento. Pero... pronto terminó esa rara emoción, siguiendo sus movimientos a través de la ventana, el sujeto desapareció por la calle alterna...

Transcurrido un rato, Aranza advirtió una situación poco frecuente, el llanto del niño de su vecina no cesaba y quiso imaginar que lo había dejado sólo. Era característica de Alicia la madre del bebé, calmarlo de inmediato cuando el pequeño necesitaba ayuda y aquella mañana parecía desatendido.

El silencio acompañaba el llanto del infante; todo se escuchaba entre las casas contiguas, su estructura lo permitía.

ABSORTO EN LOS PENDIENTES POR REALIZAR, Manuel salió de su despacho de donde estuvo ausente casi toda la mañana. En sus pensamientos se esfumó. Frecuentemente lo hacía. Uno de sus mayores conflictos existenciales giraba en torno a cómo tomar decisiones adecuadas para agradar a los demás, por ello se había convertido en un hombre cauteloso. Estaba atrapado por la comodidad desprendida de su trabajo y también de su hogar, aún cuando los altibajos de la naciente relación conyugal afloraban de manera habitual.

No podía controlar sus celos y consecuente con ello, su carácter detonante lo trataba de cubrir con detalles y pasajes románticos apasionados que si bien Alicia dejaba pasar, en un sentido de protección emocional, iba detallando y acumulando discretamente en la intimidad de sus diarios.

Ella ya conocía a ese hombre iracundo capaz de destruir todo cuanto estaba a su alrededor...



Pero esa circunstancia no era un rasgo determinante en el desasosiego que le imperaba al joven contador esa mañana. Continuaba abstraído. Su alrededor le pasaba inadvertido. Tan pronto como bajó la escalera, recorrió su camino sin rumbo fijo. Incesante, deslizaba su mano sobre su cabeza... Cavilaba como surgían a diario sus conflictos y resentimientos. En cuestión de días, el divorcio y la separación habían sido tema simulado en su conversación aún cuando de cara a los demás habían formado la pareja perfecta.

El conocía a detalle a su mujer, la dominaba, sabía que siempre iba a tener dificultades para decirle sus desacuerdos pues en el fondo temía ser abandonada. Esta situación lo obligaba a ser superior y aprovechando la desventaja, hacía alarde de su virilidad.

Más de una vez habían durado física y emocionalmente distanciados por los golpes que este le propinaba y acallaba con regalos como el vestido que apenas un día antes le había obsequiado a su esposa, luego de que junto con su hijo, pasaron el día de visita en la casa de sus suegros.

Un chispazo de luz lo hizo volver en sí. Caminó hacia el estacionamiento. Corría el horario del mediodía y decidió despejarse de los pesares en los que se involucran los automovilistas que se juegan la paciencia en las céntricas calles a la hora de comer. Los sonidos de los claxon de los autos, violentaron su estado explosivo, razón por la que buscó una arteria despejada y sin más se dirigió a su domicilio.

-Es urgente terminar con esto-, se dijo.

EL MOMENTO EN QUE RETORNABAN los vecinos a sus hogares estaba cerca, aunque había quienes lo hacían hasta entrada la noche por la ajena ubicación del centro habitacional.

Seguía haciendo calor, el termómetro ambiental marcaba los 28 grados.

Por la ventana, Aranza se percató de la presencia de su vecino. Sintió alivio. Disminuyó su desconfianza ante el inminente regreso del limosnero. El hombre apagó su auto y descendió. Transcurrieron apenas unos instantes cuando este salió de su casa a toda prisa y volvió a partir. El niño no dejaba de llorar. Pocos minutos pasaron cuando de nueva cuenta el esposo de Alicia estaba de regreso, esta vez acompañado de otra persona. Cerca de la una y media de la tarde, una algarabía seguida de golpes y portazos azotó la casa de junto.

El silencio y la sorpresa de Aranza fueron interrumpidos por fuertes llamados a su puerta. Visiblemente alterada, recorrió la cortina del ventanal que daba a la calle.



-¿Pero, qué es lo que pasa?-, preguntó.

Luego de observar quien era, abrió y antes de cualquier cosa Manuel en total exaltación le dijo:

- ¡Mataron a mi esposa!

La escalofriante frase que de golpe Aranza escuchó en voz de su propio vecino, no la hizo desfallecer.

Atando cabos, las anomalías y el miedo que le invadió esa mañana ante la presencia del desconocido le llevaron a una especulación inicial, quizá el hombre con quien habló había asesinado a Alicia. Era la única posibilidad que su pensamiento reconcentraba. ¿Quién más podía haberlo hecho?

- Manuel, explíqueme como sucedió-, expresó desesperada.

Sin titubear en su respuesta y enterado del horrendo crimen con voz firme, el hombre aseguró:

-Fue estrangulada.

Aranza no debía crédito a lo que escuchaba. ¿Cómo podían haber pasado tantas cosas sin darse cuenta del peligro que también asechaba para ella y su hija? Sonaba inaudito. El lugar habitacional era de reciente creación y nunca se habían sucedido acontecimientos delictivos de talla mayor, ese caso parecía ser parte de la ficción. Una realidad sin límite que había cobrado la vida de una profesionalista quizá en presencia de su pequeño hijo. Luego de algunos segundos Aranza reaccionó:

-Manuel, por la mañana anduvo merodeando la calle un joven a lo mucho de 30 años, según él buscaba trabajo ya que no era de aquí.

-Espere-, interrumpió Manuel, -recuerdo algo. ¡Sí! Antier mientras comíamos tocaron a la puerta y Alicia me comentó que un albañil solicitaba trabajo, hasta nos pidió un taco y se lo dimos, quedó de regresar para hacer el aljibe.

Aparentemente el panorama quedaba aclarado con esta situación, Manuel se quedó pensativo y volvió de nueva cuenta a su vivienda sin derramar siquiera una lágrima.

CON LA MIRADA PERDIDA Y ATÓNITA en el cuerpo de la joven mujer, permaneció Manuel por unos instantes. Parte por parte, repasaba la situala inmóvil de su esposa que parecía traer a su mente cualquier cantidad de emociones, un cúmulo de sentimientos encontrados...El día en que se conocieron, cuando se casaron, y tuvieron al niño...Los graves problemas económicos que salteaban su hogar y por los cuales en varias ocasiones lograron distanciarse...

Hasta aquellos detalles oscuros de sus vidas pasadas. Esa relación íntima de Alicia con su mejor amiga... Esa situación, la peor que le puede pasar a un hombre y que en los momentos de violencia salía a relucir... Y ahora, después de tantas cosas vividas, tener que dar a conocer el artero crimen...

Allí estaban sus cosas. Sus alhajeros, sus anillos preferidos, sus libros, sus fotografías y encerrado en el misterio un inerte cuerpo que ya no podía describir paso a paso la forma en la que había sido agredido. Lo material había pasado a ser testigo mudo de los hechos. La recámara, la ropa, la ventana, los muros, todo se comportaba como cómplice silencioso pero no ausente a la energía de ese espíritu que no se quería ir...



LA OPINIÓN PÚBLICA SE CONMOVIÓ hasta las lágrimas. No se daba crédito a la noticia que a la velocidad de la luz corrió de boca en boca, de diario en diario e hizo presa a toda una comunidad que demandaba justicia. Constituía un gran reto para las autoridades esclarecer el asesinato por la magnitud y la saña con que fue cometido.

Luego de todo tipo de trámites y estudios, el cadáver de Alicia fue llevado a una agencia funeraria del sur de la ciudad. Cientos de gentes se congregaron en el lugar para unir sus oraciones en torno a la joven. Algunos más iban de curiosos y entre el tumulto no se descartaba la presencia del asesino quien en casos como este no deja de asistir a las exequias de su víctima. Un ambiente de incertidumbre y desesperación rodeó la muerte de la

contadora y ese era el último momento en que estaba de cuerpo presente ante su familia. Por el vidrio del ataúd, podía observarse la tez clara de una mujer, sus cejas pobladas antecedían unos ojos cerrados que no volvería a ver la luz de la tierra.

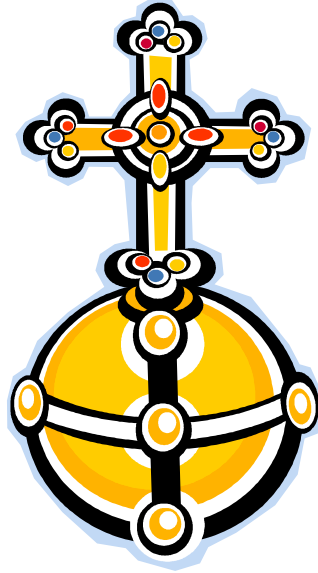
Al mismo tiempo en el edificio policial iniciaba la confusión. Los médicos forenses informaron a todas luces que había sido víctima apenas cuatro o cinco horas de practicada la autopsia, que su cuerpo estaba totalmente rígido... Muchos fueron los detalles que integraron la revisión de los peritos y médicos legistas responsables de la averiguación del caso. La severa golpiza que días antes Manuel le había acertado a su mujer fue también descubierta, sin embargo, los moretones no se le adjudicaron a la agresión por la que fue asesinada. Y qué decir de la brutal inmovilización de sus manos provocadas por un alambre. Categóricamente en la oficina encargada de procurar justicia se anunció que la contadora había sido atacada sexualmente para luego recibir una lesión calificada como mortal: la joven señora fue estrangulada.

Un puño de tierra acompañó el féretro que de manera lenta descendió hasta la fosa. Esa calurosa tarde entre caminos blancos, mausoleos y cruces, como reguero de pólvora se afirmaba que había sido violada y víctima por un limosnero que llegó tocando a su puerta...

Poco a poco el cementerio se fue quedando vacío, desolado...

Albergó entonces una solitaria y fría cruz con la inscripción en letras doradas:

Alicia Cortés.
20 de enero de 1963 - 31 de agosto de 1991



APENAS MOMENTOS ANTES DE REGISTRARSE esta penosa escena, los investigadores en turno continuaban revisando de manera minuciosa el inusitado hecho, en el mismo lugar de la comisión del delito. Parecía el crimen perfecto a no ser por pequeños detalles que originaban la contradicción. Por principio de cuentas, el trayecto de entrada a la casa no tenía huellas de violencia... La chapa de la puerta estaba íntegra. Nadie sino alguien conocido pudo haber tenido acceso... Estratégicamente junto al librero situado en la sala fue encontrado dentro de una bolsa, un pantalón, que a decir de Manuel era prenda desconocida... Lo demás estaba aparentemente en orden... En la cocina fuera de varios recipientes localizados en otra bolsa, -al parecer los que Aranza le había dado al indigente-, todo estaba igual que el jueves anterior pues algunos utensilios permanecieron sin lavar debido a que la familia Murillo Cortés no había asistido en casa... Lo cierto es que ninguno de ellos podía borrar de su mente la primera impresión de la dramática escena. No había duda, el cuerpo de la mujer permaneció por muchas horas tirada en el piso de su recámara...y los propios peritos lo omitieron en la conclusión...



ESPECTACULARES FUERON LOS ENCABEZADOS de los periódicos y las noticias que en torno al hecho recorrieron la ciudad y los lugares circunvecinos. La psicosis generada entre la población por tratarse de un violador homicida que se encontraba en libertad, puso de manifiesto la inseguridad que a poco tiempo reclamaba la sociedad a la autoridades.

En escuelas, plazas, colonias enteras se comentaba el incalificable hecho que había cobrado una vida y asechaba a cualquier ciudadano a ser el siguiente sacrificado. Luego de la promoción hecha por los medios de información, el ansia de señalar a un culpable del sádico asesinato, llevó a los encargados de la justicia a dar a conocer con premura los resultados de los dictámenes realizados por los legistas. Larga fue la versión del diario La Luna en donde se informó: "El limosnero se presentó en la casa de la señora Cortés, consiguió que esta le abriera y al encontrarse frente a ella comenzó el ataque mediante forcejeo. La víctima se encontraba cerca del sofá de la sala y en la lucha contra el individuo, quedó apoyada al nivel del cuello contra el mueble, iniciando su semi-inconciencia y posterior asfixia..."

Datos obtenidos por los reporteros de la fuente policiaca manifestaron que el presunto asesino decidió atar las manos de la joven para iniciar el ataque sexual. Luego la depositó en su recámara en donde culminó con la vida del ama de casa.

Determinante la autoridad dio a conocer que posterior a los hechos, el asesino se dio un baño, desayunó en la casa y se fue sin dejar rastro.



HORAS DESPUÉS las reacciones producidas por el sádico acontecimiento ya se dejaba observar. Los tiempos en que cualquiera abría las puertas de su casa sin peligrar, estaban muriendo. Demasiados robos, violaciones, mendigos, imprevistos... Se vivía una sociedad muy castigada, sólo un poco más racional y mucho menos confiada.

El timbre de la casa ubicada en la angosta calle Topacio no vibró ante el llamado. El sonar de la radio surgía del lugar logrando atraer la atención del investigador policial. Probó de nueva cuenta y esta vez la voz de una mujer atravesó la metálica rejilla de fierro.

-¡Háblele a Jorge Humberto!-...aseveró respondiendo a su - ¿Quién?
- ¿Cómo dice?

Se aproximó y repitió su mandato con determinante claridad.

-¡Dígale a Jorge Humberto que venga!

-No, no se encuentra-, cantó la voz.

-¿En donde está?

-Está en el taller, pero espere.

El postigo de la puerta sonó y quedó al descubierto una mujer de poca edad con delantal y cabello recogido con un moño deshilachado; a su lado, una pequeña niña colgada de su falda.

Su desconfianza aumentó al ver la figura del fornido sujeto.

-Soy policía.

La mujer de nombre María Ávila cambió su expresión, poco a poco dejó el tono cordial para aparecer su forma austera por la novedad imprevista.

-¿Sabe Usted a qué se dedica Jorge?

-Sí, es herrero. ¿Para qué lo quiere?

-El señor es sospechoso de un crimen, pero no se preocupe, sólo le haremos unas preguntas.

La señora se llevó ambas manos a la boca y dilató sus ojos presa de un sentido de espanto. Fue lo último que el investigador vio antes de retirarse y dirigirse al taller.



EN CUESTIÓN DE MINUTOS, un despliegue policial discreto en apariencia cubrió las salidas del lugar.

El ruido ensordecedor de la soldadura fue aliado perfecto para que los responsables del operativo actuaran deliberadamente. Al cuarto para las doce del lunes dos de septiembre, los policías hicieron su incursión al señalado centro de trabajo.

- Jorge Humberto, ven aquí-, se escuchó un grito imperativo.

La violencia con la que irrumpieron en el lugar no dio la oportunidad ni de hablar a los presentes que se tuvieron que conformar con observar detenidamente el escándalo. Enseguida y sin resistirse siquiera, el sospechoso desafió de frente al comando que derivó en preguntas.

- Yo que tengo que ver en esto-, alegó.

- Agradece que no te mato en este momento-, agredió el policía -la mataste, fuiste demasiado impulsivo. ¡Con un carajo! ¿Estabas drogado?... No le diste oportunidad ni de hablar. Te abrió, la empujaste y cuando ella preguntó qué estaba sucediendo, tú enloqueciste. En la salita la acostaste, la violaste... la golpeaste hasta perder la noción y luego la vida. Más bien te aturdiste, después del asesinato... ¿Qué más daba ya el robo? Sin embargo, te bañaste, descaradamente desayunaste y ¡adiós!...te esfumaste.

- ¡Párale ahí polizone, no se de que me hablas!

-¡Ah! ¿No sabes? ¿Quieres que te lo siga recordando? ¿Con detalles... quieres?

-Oye... ¿Qué mierda de cuento es el que me estás contando?

El de la pistola le cargó un grito.

-¡Ya cállate imbécil! No se el motivo pero si se que tú eres el responsable. Los vecinos de la difunta te señalan. Olvídate de todo ahora y piensa cómo te vas a defender, de esta si que no te salvas.

Ante los ojos atónitos de sus compañeros, dos agentes de la policía investigadora le quietaron su chamarra de trabajo, alguien más le colocó unas esposas metálicas en las muñecas y con las manos por detrás lo llevaron a una patrulla.



-¡Ustedes!-, se dirigió el policía a los trabajadores que allí se quedaban -¡ya se libraron de un pinche asesino!-.

Y sin más abandonaron el sitio. En seguida, la patrulla se puso en marcha. Un agente policial conducía lentamente mientras que el líder del comando manipulaba las preguntas al detenido.

- A ver cabrón, ¿Por qué la mataste?

-¡Soy inocente jefecito, me cae!

-¿Vas a hablar o no?

-Yo no fui

-Pues piénsale muy bien qué le dices al patrón, si no ya verás como te va. Zamarripa, dijo al conductor, vamos a ver si este pendejo se acuerda de algo.

De inmediato el auto desvió su marcha. Violentamente Jorge Humberto fue colocado bocabajo, no tenía idea de a dónde se dirigían. Pronto se encontraron en un paraje despoblado. Parcialmente inmovilizado, el detenido fue sacado del automotor oficial. Un tercer policía con el rostro semi descubierto, sostuvo al sospechoso mientras que el comandante acosaba.

-Déjate de rodeos y suéltala, ¿Cómo la mataste?

Hubo un silencio.

-Levanta la cabeza, maldito-, colmó su paciencia el policía. Sonó el primer golpe fuerte en su cabeza...en la cara... en el estómago...

Una llamada por el radio localizador interrumpió el brutal festín que se daban los policías para que el sospechoso narrara los hechos. El comandante contestó por fin.



-¡Sí, adelante!

De la corporación policial se oyó una voz que le indicaba:

-¿Qué pasó mi buen, todo listo?

-De él depende, sino ya sabe lo que le espera-, contestó.

-¿Dando y dando?

- Tratos son tratos, no se preocupe. La prensa callará.

SIN ESCLARECER EL CRIMEN, la vida de los vecinos de la calle Uvas cambió totalmente su curso. Luego de que los exámenes practicados a Jorge Humberto Gutiérrez probaron rotundamente su inocencia, la tensión aumentó en los funestos rostros de las familias algunas de las cuales accedieron a mudarse de sus viviendas e iniciar con ello una nueva vida.

Aranza Mercado por su parte seguía insegura en torno a lo que debía de hacer. Había dicho que no pensaba moverse de su casa, pero lo evidente era que de manera continua la abatían profundas crisis nerviosas. Parecía como si pronto, su carácter servicial se hubiera convertido en frágil y sumamente impresionable. Reciente al asesinato, las diligencias de investigación continuaron por un tiempo y la mujer no estuvo exenta de ser llamada por la instancia policial. Frente a la autoridad, agobiada por este trance comentó:

-No hay mucho que contar y si lo hay, no está nada claro... sólo que el día

de los hechos, muy temprano, como a las nueve con quince minutos tocó un indigente a mi domicilio para pedirme trabajo y con qué hacer de comer. Aseguró que nadie le abriría en casa de mi vecina, que era probable que estuviera dormida... Desde esa hora Alicia no acudió al llamado...

Nada nuevo aportó entonces a su declaración inicial. Como era costumbre, cada vez que era solicitada por el despacho de investigación de la policía, se hacía acompañar de Toto su marido y esa mañana no fue la excepción. Al terminar la audiencia, se sintió confundida.

-¿Sabes lo que es sentir miedo?-, replicó a su esposo casi al borde del colapso.

La situación la colocaba entre la espada y la pared aunque seguía sin tener claro porqué.

-¿Porqué mataron a Alicia?

-No lo sé.

-Parecía que no era feliz, agregó.

-¿Crees que en verdad haya sido un accidente?, abordó el marido.

-Ya no quiero pensar más-, manifestó reforzando nuevamente el equilibrio. -¿Qué vamos a hacer ahora?-, preguntó ella.

Toto bajó su cabeza con pesar y fue su mano la que se posó sobre las de ella.

-Debemos irnos, nadie sabe el significado de haberte hecho testigo de un crimen aun sin estar presente. Si esta fue la última comparecencia, vámonos por un tiempo.

El edificio policial estaba formado por una zona específica para interponer denuncias, tenía estacionamiento y algunos espacios ajardinados. No era zona lujosa ni mucho menos pero se respiraba el calor y la fuerza de los lugares que viven el pulso de lo cotidiano con intensidad.

De pronto, desde la portería del inmueble, se dejó ver la figura de Manuel, quien en lo supuesto, recién llegaba a darse cuenta del avance de la investigación de la muerte de su esposa. Con sigilo se había puesto a investigar las pistas y cabos sueltos de aquella madeja enredada que poco a poco los testigos intentaban desbaratar.

-Deseo hablar con ustedes unos minutos vecinos, es importante.

Aranza estudió la situación incierta y se condujo: -Hablar ¿de qué?

El recién viudo no quería dar opciones a diferentes pláticas, llevaba la ventaja y era un punto crucial.

-De lo que acabas de decir allá adentro-, repitió en un buen intento por ganar tiempo.

-Acabas de declarar ¿no es así?

Y se plantó ante ellos con los brazos cruzados.

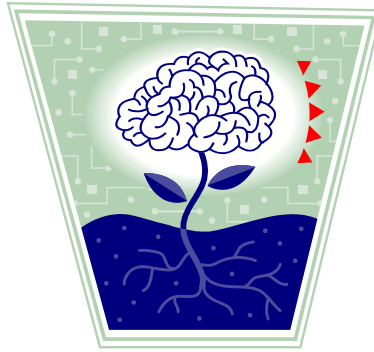
-¿Aportaste nuevas pistas a la autoridad?, preguntó esforzándose por no parecer ansioso.

Aranza empezaba a preocuparse por si misma, la presencia de su vecino parecía la de un centinela celoso de su profesión.

-¿Qué es lo que deseas saber?, insistió la mujer.

-Quiero saber si has recordado algo más, es lo único.

Ante el acoso, infirió: -¿Recordar qué? Lo que recuerdo no puedo revelarlo pero desde luego encaja con una teoría que me da vueltas en la cabeza...



-¿Qué, que es si puede saberse o es secreto?

Aranza no ocultó su asombro ante la habilidad de la preguntadora intentó buscar una nueva idea para retirarse de él. Inconscientemente señaló el camino a Toto quien sorprendido quiso poner fin al encuentro.

Ante esa insinuación reaccionó Manuel:

-Mal, parece que les hice perder el tiempo.

-Lamentamos no haberte servido de ayuda, tenemos que irnos-, concluyeron.

Fue una excusa falsa impulsada por una reacción de alivio al comprobar que el hombre se había rendido.

- Los buscaré en unos días, ¿de acuerdo?...

Tras estrechar sus manos comenzó a bajar la escalera sin prisa. Sin duda la actitud del vecino los puso sobre aviso, pensando en relajarse la pareja tenía ya su decisión tomada: abandonarían la ciudad.



SEGUNDA PARTE

Verano de 1993

LAS HOJAS DEL ALMANAQUE SE DESPRENDÍAN con rapidez. Dos años habían transcurrido desde aquel hecho tan oprobioso.

Poco a poco el pequeño José Manuel dejaba de serlo. Mientras tanto, su padre seguía experimentando momentos de ausencia. En ocasiones parecía inmerso en una plática interminable con él mismo sin permitir siquiera el acceso a su gente cercana en sus profundos pensamientos.

Nada cambió su carácter de hombre alegre y dicharachero que manejaba a la perfección el humor negro. Alto como era, mantuvo siempre concordancia con su peso pues ni siquiera el deceso de su esposa afectó su figura aparente siempre de rebosante vitalidad... Prueba de ello, fueron las placenteras vacaciones que había pasado en Cancún apenas tres meses después del asesinato.



No así la mamá de Alicia. En la madurez de su vida se consumía lentamente en su pena; ni siquiera el asesino de su hija había aparecido... Parecía indicar que estaba exonerado de culpa.

Aún transcurrido el tiempo, el clima que se respiraba en su casa estaba penetrado de trauma, agresión, tristeza, desolación... El ambiente privativo se relacionaba perfectamente con conductas dignas de estudio psiquiátrico y psicológico. Las hermanas de Alicia eran abrumadas en una especie de paranoia. Sus vidas se volvieron colectivas, dependientes.

Por lo tanto, el tema se convirtió en un tabú del que nadie quería hablar para no emblanecer sus corazones y hacer florecerlos sentimientos amargos que les dejó el suceso.

Desde aquel día del asesinato, Manuel se mudó a la casa de sus padres, llevando a vivir con él al niño y pasado el tiempo se empeñó en atender personalmente las necesidades de su vástago, ese pequeño que apenas meses de nacido se convirtió en testigo involuntario de la violación y muerte de su madre.



Pero nada frenó su ritmo de vida, mucho menos hubo algo que lo hiciera venir abajo. Nada de presiones, cumplía cabalmente con sus compromisos sociales.

EL CRUCE DE DOS IMPORTANTES CALLES CITADINAS conducían al salón infantil de fiestas.

El lugar cuya puerta de entrada tenía alterna una panadería, se encontraba ciertamente engalanado. En pocos minutos el espacio fue nutriéndose de sonrisas ingenuas, de gratos sentimientos expansivos y sinceros que sólo los pequeños dan de manera espontánea.

Luego de varios meses de ausencia, Aranza y su familia habían regresado a la ciudad, incluso se reinstalaron en el domicilio marcado con el 113 de la calle Uvas, al fin, la casa era propia.

Esa tarde, parecía la mejor opción el haber aceptado la invitación para asistir a la tertulia de cumpleaños del pequeño Axel.



Puntual a la cita, allí estaba ella. Bajita, fuerte, con cara de buen genio y sin embargo, no dejaba de mostrar la expresión austera del rostro presidido por sus pobladas cejas y su mirada profunda... Su hija Lucía no se despartaba de su lado.

Un escalofrío invadió de pronto su cuerpo al fijar su mirada en el vestíbulo del lugar.

-¡Manuel Murillo, por Dios!-, se dijo.

Conforme transcurrió el tiempo el asesinato de Alicia se había convertido en recordatorio ocasional. De primera instancia, nadie hablaba de él, pero parecía que esa tarde el tema iba a ser obligatorio.

Derivaba el tiempo propicio para enfrentarse una vez más a quien fuera su vecino. Casi de inmediato, Manuel detectó su presencia y en pocos minutos había comenzado una intensa conversación.

-Aranza, ¡Con que ya de regreso!

-Oh, sí-, replicó.

Mientras la expresión de sus ojos se endureció, Manuel aprovechó para darle un sorbo a su bebida. A lo largo de un minuto, que a ella se le hizo eterno, sin prisa, derrochando aplomo el joven preparó el terreno para continuar.

-¿Sigues siendo la mujer pacífica que conocimos?-, insistió Manuel.

-No lo creo. Ahora más calculadora.

Su deseo no era abrir viejas heridas pero la vida se alteraba con la propia presencia del acechante instigador. Todo parecía haber cambiado. No iba a conseguir mucho de ella en esas circunstancias.

-Dime, ¿qué fue del resultado de las investigaciones sobre la muerte de Alicia?-, preguntó Aranza contundente.

El la miró con mayor atención, si existía alguna remota simpatía por el reencuentro de su parte, desapareció en el acto.

-¿Qué demonios crees que he hecho desde aquel día? Ya no se ni que pensar, ni donde buscar, me siento contrariado...

Era el momento de manejar la situación, como de costumbre su expresión cambió, se olvidó de la frialdad para dar paso a una convulsiva y excitada muestra de incertidumbre.

-¿Y las investigaciones?-, insistió la mujer.

-Te repito que no se nada... ¡Y ni quiero saber! Sólo espero que se archive definitivamente el caso y punto.

Pero cómo, ¿Estás bromeando verdad?

La voz que acababa de mostrar el gran interés por dejar impune el hecho, era puntual. Su actitud decía mucho. Se defendía fuera de sí, posiblemente asustado por la suspicacia de su contrincante. Pronto se volvió el tiempo de la joven, quien atacaba con certeza una tanda de preguntas.

-¿De verdad no quieres que se sepa lo que pasó?

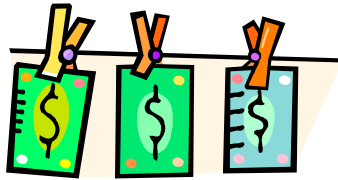
-¿Yo?-, respondió con desconcierto... -No es eso, lo que sucede es que no quiero recordar, ¡Sí, eso es!

-¿Lo crees bueno para cuando el niño razone el suceso?

-Es demasiado pequeño, para entonces habrá algo que lo haga resignar.

-¿No estarás jugando doble, Manuel?-, replicó con astucia.

-Escucha Aranza, las cosas no son como crees. Desde la muerte de Alicia nuestra vida ha cambiado en muchos aspectos... Cobré los seguros de vida, fue como recibir una herencia inesperada, la casa se pagó solita y hasta de vacaciones me fui...



Dejó ver en su rostro una marca de satisfacción.

-¿Y?-, prosiguió la interesada.

-Por supuesto, todo fue sencillo. El auto, la casa... Y ahora ¡Libre de todo mal!

-¿Fue mucho dinero Manuel?

-Sí... Después de que todo te llega a tus manos... descansas.

-¿Demasiado como para quitar el registro de lo que sucedió?

Un cambio repentino de actitud, llevó a Manuel a sugerir:

-Mira, esas cosas no se olvidan, pero si se dejan en el camino... ¡Mata a tu marido!... Ya verás...

Asombrada Aranza abrió los ojos como si el comentario sobrara o fuera tan absurdo que ni mereciera el esfuerzo de una respuesta.

-¡Qué te pasa! ¿A que se debe tanta insensatez?

-Mmm ... ¡Olvídalo! Aunque ve, no pasa nada. Bastante revuelto está el

cuartel como para que te digan lo que le sucede a un simple soldado.

Pidiendo libertad, apuró su salida. La puerta se abrió y cerró ante ellos... El taconeo de la mujer prevaleció de inmediato luego de reprobar el comentario. Buscó rápidamente a su hija y abandonó el lugar escalera arriba... En la calle, la temperatura era baja. Un absurdo domingo. Inconcebible.

TERCERA PARTE

Invierno de 1995

CASUALMENTE ESTA VEZ UN AUTO se detuvo delante de él. Habían pasado cuatro años de la muerte de su hija y todas sus intenciones por lograr el esclarecimiento de asesinato habían sido nulas.

Tan pronto como salió del patio de su taller, Darío Cortés caminó muy despacio hacia la puerta que lo conduciría a su despacho. Esa mañana no era como las demás. El mesurado hombre había amanecido poco comfortable.

Mucho era... Alicia. El asesinato. La incertidumbre. Su nieto. El yerno... nada parecía tener sentido y sin embargo, no sólo debía tenerlo, sino que de todo dependía la ausencia de su descendiente, de todo ello derivaba la muerte aún oscura de la joven.

La agresión que Alicia sufrió el día de su deceso parecía haberse convertido en un rompecabezas de pocas posibilidades para armar, era un polvorín cargado de explosivos y una gama de sentimientos que no daban cabida en

tanta desolación.

Sin esperanza, como se había convertido desde el día del homicidio, Darío intentó en su soledad encontrar una nueva vía para saldar la cuenta que tenía pendiente. De manera insistente su corazón palpitaba cuando en la persona de su yerno Manuel había tanta pasividad e indiferencia... Haciendo memoria, toda reticencia que desarrolló esa mañana, se estaba convirtiendo en fluidez. Pensaba con soltura, ordenaba bien sus ideas, dosificaba recuerdos y deseaba emplear los términos precisos para convertirlos en señalamientos... sí... Poco a poco en la persona de Manuel, fueron sucediendo acciones que demostraban ligeros destellos de su responsabilidad en el asesinato.

-¿Qué hacer?, se preguntaba a sí mismo.

Los rasgos de su cara denotaban una latente dureza vital, el paso de unos años poco agradables y la amargura que envolvía el seno familiar, lo había orillado a hacer un lado la palabra felicidad.

De pronto, se encaminó al teléfono. Las voces y los murmullos originados en el taller, casi al instante se convirtieron en un silencio breve. No debía pasar por alto tantas coincidencias que podían ser la clave del misterio que los acosaba... Decidió entonces trabajar con vehemencia en su promesa...
Un detective lo haría mejor.

Por el auricular logró colarse la tensión de un ambiente de presagios.

-Lo necesito Aarón-, aclamó al investigador.

Para Aarón Estrada la palabra necesidad era bastante fuerte como para hacer esperar.

-¿Puede venir al taller?

-¿Ahora?

-Sí, lo más pronto.

-Señor Cortés, dígame lo que ocurre.

La voz del hombre bajó de tono.

-Necesito esclarecer varias dudas en torno al asesinato de mi hija.

-Salgo inmediatamente-, apestó.



Este fue el inicio. Lo hacía bien. Un gesto nuevo de esperanza invadió su rostro. La llamada fue suficiente para que recobrará su energía. Se puso de pie y dio un par de pasos en dirección hacia la puerta de su oficina. La espera se hizo eterna.

AARÓN ESTRADA NUNCA DISPARABA al azar. Desde que se incorporó a la investigación privada, resolvió casos con alto grado de dificultad. Una larga trayectoria policial avalaba su trabajo y estaba dispuesto a ser exhaustivo en la encomienda de su contratante.

A pocas horas del telefonema un taxi lo dejó frente al establecimiento de Darío. Abonó el importe de su viaje, se dirigió a la dirección encomendada y tomando un poco de aire, la traspasó.

Un fuerte olor a gasolina y aceite contrastaron con el ambiente cálido de su bienvenida. No era un mal taller, tenía áreas comunes para atención del transporte urbano aún cuando estaba situado en céntrico lugar.

A la vista podían observarse una extensa gama de aparatos para rectificar las deficiencias del auto transporte que requería servicios emergentes. Alternando al patio de trabajo, se encontraba el despacho del padre de Alicia, una puerta con letras adhesivas irreverentes anunciaban "privado". Cerca del escritorio, Darío aguardaba la presencia del investigador que allí estaba ya. Tan pronto como fueron llevando la conversación, el misterio pareció rodear la visita. Evidentemente la sospecha del hombre salió a relucir.

-¿Porqué lo dice?

-Porque así fue la vida matrimonial de mi hija, en ocasiones fallida y tormentosa.

-Encontrar ese algo puede ser la clave y no será fácil-, comentó el detective.

Todo sería manejado con sigilo. El cúmulo de interrogantes expuestas por el atribulado padre, llevaban sin detenimiento a señalar como culpable a Manuel, su propio yerno.

-Todo se hará con cuidado-, dijo Aarón. -Recuerde que un asesinato es siempre un asesinato y significa que alguien que lo ha hecho tendrá un motivo suficiente para volver a matar... Y por supuesto, seguir haciendo de las suyas para continuar en libertad.



LA ÚNICA PISTA DIRECTA DE LOS SUCEDIDO era el propio Manuel.

La sospecha de su culpa había sido sembrada en Darío el mismo día en que ocurrieron los hechos, llegó al lugar y lo primero que vio fue a su yerno en una patrulla resguardado bajo la premisa de que era señalado como el probable autor material del crimen.

Sin embargo, un velo oscuro cubrió el principio de la investigación. En aquel entonces no hubo quien aceptara que los estudios genéticos determinarían sin tropiezo la identidad del violador asesino. Diez millones de pesos costaba el examen en el extranjero y no valió gastarlos en alguien que quizá no tenía que ver en el asunto. Cinco años después, la astucia de un detective privado llevaba sin duda a dar forma al rompecabezas.

La oficina de casa de Aarón Estrada era un espacio acogedor, cuadrado y color claro ubicado en medio de un tumulto de edificios componentes de un conjunto habitacional.

Con el expediente en su poder fueron muchos los pensamientos dispersos, vagos, surgidos a medida en que se adentraba en el análisis de los documentos. El escritorio sostenía en amargo silencio las dramáticas escenas del día del crimen.



Un segundo repaso a los titulares de las noticias, aún las más cortas que produjo el incidente, le proporcionaban una mayor incomprensión y la negrura de la primera vez. No perdió mucho tiempo en llegar a la conclusión de que las pesquisas iniciales contaban con deficiencias intolerables.

La profundidad con la que examinó los documentos, lo llevó a detectar una de las partes más oscuras y medulares del asunto. Con su paciencia alcanzando el límite, desmenuzó el trabajo realizado por los médicos legistas responsables de efectuar la autopsia. Lo que tenía en sus manos distaba categóricamente de la conclusión promulgada por los galenos oficiales. La contadora había sido ultimada de doce a quince horas antes de las cuatro y media de la tarde de ese 31 de agosto de 1991. No había más. ¿Quién si no su marido estaba con ella en la madrugada?

EL LUGAR DE LA ENTREVISTA había sido acondicionado en la oficina de Darío Cortés. Apenas dos sillas plegables de metal flanqueaban una pequeña sala. Una mesa de madera ligeramente movida de su lugar, albergaba papeles. No había objetos ni motivos que distrajeran la atención de Manuel que habría de ser interrogado.

Se prolongó la espera tan solo unos minutos. Sus ojos no expresaban el fuego de la ira, por el contrario se veían calculadores. Estaba frente al

detective. Acentuó entonces su incertidumbre pero decidió estar presto para contestar. En poco tiempo, el contorno de la habitación fue tomando forma.



-Siéntate por un momento-, se escuchó una voz masculina.

Manuel no discutió. Sus dedos de las manos temblaron ligeramente.

-¿Recuerdas lo que sucedió?-, preguntó el investigador

-Ese sábado no hubiera querido ir a trabajar. Fui al despacho y allí estuve hasta antes de las dos. Cuando regresé a la casa supe que algo raro había pasado, porque las persianas estaban abajo, la puerta con llave-.

Se ausentó un poco en sus pensamientos.

-Cuando descubrí el cuerpo, lo toqué y me di cuenta de que estaba frío-, continuó sin alterarse.

-¿Qué hiciste en ese momento?

-Así como quedó, digo, así como la vi la dejé no hice nada.

-¿Quién la mató?

-Yo tengo dudas de que haya sido el limosnero, nadie lo vio entrar, yo digo que él no fue.

Continuó de manera categórica.

-¿Quién fue entonces?-, insistió el interrogador.

-Fue alguien que sabía que teníamos un bebé, a mi se me hace que fue un accidente, a lo mejor no la querían matar.

-¿Porqué nadie oyó?

Seguro de su posición, Manuel aclaró:

-Simplemente porque en aquel entonces no había vecinos, si los hubiera, alguien tenía que haber escuchado, porque tuvieron que golpearla primero, porque si te ponía al tu por tu con ella, era fornidita y mínimo hubiera hecho algo por rasguñar y no hay nada que muestre que haya habido pleito.

Alguien muy cercano, tuvo el valor de noquearla, porque tenía golpes en la cabeza y en la tráquea. Porque murió de asfixia aparentemente contra el respaldo de un mueble. A la mera hora la golpeó, la dejó inconsciente y ya después con toda tranquilidad la pudo amarrar.

A pesar de la aparente seguridad que mostrada en sí mismo, Manuel trató de controlar sus impulsos. Sabía que era el momento preciso de influir en el ánimo del investigador.

Sin embargo, un aspecto de rigidez y sentimientos limitados afloraron de momento.

-Cuando llegó la policía-, dijo, -yo estaba dentro de la casa. Nunca lloré. Me sacaron y me introdujeron a una patrulla. Me acusaban. El primer sospechoso eres tú. Tu eres el culpable número uno-, me decían.

-¿Qué hiciste entonces?

-Después de un rato, llegué hasta el edificio en donde llevaron a Alicia y allí reconocí sus ropas.

-¿Y qué pasó?

-Me topé con un médico llamado Anselmo Lechuga. Estamos hablando de que ya se tenía todo listo para culpar a un vagabundo. Yo no iba a decir que el semen encontrado en Alicia era mío para cuando se localizara al supuesto matón se le dieran más años de castigo por violador y homicida.

La situación para el joven contador comenzaba a ser envolvente, en posición de defensa cruzó las piernas y comenzó un juego con sus manos inquietas. La desesperación lo invadió de pronto.

-¿Sabes de las discrepancias de tiempo en el resultado de la autopsia?

-¿Y qué caso tiene que le pongas que la hayan matado a las nueve o a las once?, el horario no tiene nada que ver, el crimen es el mismo-, respondió en tono de auto defensa.

Luego reflexionó: -Bueno, es cierto, pues en lugar de buscar a un limosnero como autor del asesinato, se pudo haber buscado a alguien que saliera de una fiesta...

¿Te imaginas porqué el sadismo con el que cometieron el crimen?

-Mira, yo estoy segurísimo que el alambre con el que la amarraron era de una construcción de al lado.

-¿Porqué?

-Pues porque tenían mucho coraje. Ese día se me ausentaron las lágrimas, no pude llorar. Ni cuando la encontré. Ni en el sepelio. Yo leí la lectura en la misa de cuerpo presente.

-¿Cómo te recuperaste?

-Verás, yo a los tres meses andaba en Cancún, pero cuando regresé las cosas variaron un poco.

-¿A qué te refieres?

-Me acostumbré con frecuencia a ir al panteón, arreglaba el mausoleo y en ocasiones le llevaba flores. Hasta unas cartas en las que le contaba como nos encontrábamos desde que nos dejó. Un día llegué, me encontré con que el candado de la capilla estaba destrozado, se robaron el florero y también las cartas. A lo mejor era el asesino que sentía remordimientos porque no la quería matar, sólo quería darle un susto.



-¿Qué vamos a ser con el tiempo de muerte entonces?, preguntó Estrada.

-Pues..., caviló.

La situación se le estaba saliendo de las manos, no le gustaba estar en desventaja.

Observando su actitud, el detective decidió orillarse al final de la entrevista.

-Mejor termina de contarme, para que ya te puedas ir.

-Al año y medio del homicidio, yo estaba peor que al principio-, asestó, -no podía salir por las noches. Empezaba a oscurecer y me daba miedo. No

podía estar en lugares a oscuras, me quedé con la idea de que abría una puerta y la veía. La mejor forma de olvidar es el tiempo...

Extenuado Manuel Murillo caminó de un lado a otro del despacho. Había tenido que sortear sus conceptos y satisfecho de haber influido en las conclusiones derivadas de esa larga entrevista, a pesar de las desventajas, libre abandonó el lugar calle abajo. El sueño se había posicionado de su persona.

Dentro del despacho se desactivó la video casetera. El testimonio había quedado asentado en una cinta y su resultado sería traducido por una eficaz técnica de interpretación.

MANUEL MURILLO SE CONVIRTIÓ en un hombre cotidiano, trabajador contable de prestigiada industria textil, tenía casi todo lo que hubiera deseado: un nuevo matrimonio, buena escuela para su hijo, otro por llegar... sólo había un problema... cinco años atrás había cometido el error de no intentar sacar a la luz el motivo por el cual fue encontrada su mujer sin vida.

De pronto esa nueva y cómoda situación se vio transformada. Enfrentar las cosas era más viable, sabía que estaba arriesgándolo todo, su carrera, sus recientes nupcias, la tranquilidad de los suyos, pero bien valía correr el riesgo.



Los recuerdos se habían convertido en una carga. Esa noche, estuvo ausente en sí mismo durante varias horas.

A través de la ventana, se le podía observar sólo, mirando hacia arriba con sus oscuros y acuosos ojos. Así ausente, revivió de nueva cuenta ese arrebato que cambió su vida para siempre. Una pregunta desencadenó todo.

-¿Me amas?

Ella no contestó aunque se sentía completamente comprometida desde el primer día, pasara lo que pasara.

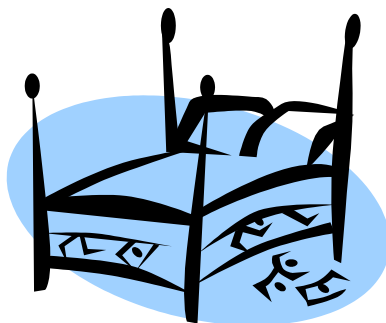
Había dos efectos, que podían destruir su relación. Esa diferencia sentimental de la que por sí misma no quería hablar y el temperamento de su marido, un temperamento fugazmente violento y explosivo.

Regresaban de casa de sus padres con quien la joven había convivido junto con su hijo gran parte del día. El pequeño dormía ya. Se aproximaba la media noche.

En cuestión de minutos Alicia ingresó al domicilio llevando al bebé en brazos. Depositó la pañalera en el sillón de la sala e instaló al bebé en la cama.

Inmediato a ello, se anticipó al comedor con el propósito de reordenar los documentos que llevaría al despacho contable en el transcurso de la mañana. Manuel sólo observaba. Cansado estaba de que en los últimos tiempos había distracción de su esposa hacia las cuestiones maritales que aún cuando no pasaban a segundo término habían dejado de ser intensas...

Por su parte, Alicia inadvertida se dirigió al postigo de la recámara.



-¡Ahora no!-, correspondió a su insinuación, -habrá otro momento.

-¡No! ¡No lo habrá!-, aumentó de tono el hombre.

-Pero, ¿Qué te pasa?- cuestionó Alicia mientras pretendía esquivar la mano de Manuel, esa mano furiosa dirigida contra ella.

Lleno de ira, en su siguiente intento el hombre fue más certero. Un temor ardiente invadió el corazón de Lyz, ese sentimiento inaudito que poseía su marido la hizo pensar en huir y quiso intentarlo...

-¡No vas a ningún lado! Te quedas aquí y haces lo que te ordeno.

El jaloneo dio inicio, la pérdida de botones de la blusa de Alicia no se hizo esperar, el moño que adornaba su peinado se desprendió... Sin pensarlo dio un tirón y al sentir que su marido la atenazaba con más fuerza perdió el control... Manuel dejó escapar un rugido ahogado, se colocó frente a su mujer y levantó la mano amenazadora, tiró el golpe mientras la sujetaba con la otra por el hombro... Alicia conociendo los esporádicos momentos de ira que mostraba su marido, quiso restar importancia y apuntó a creer que el hecho pronto se convertiría en discusión y no en una paliza como la propinada apenas días antes.

-¡Me repugnas!-, vociferó Manuel, -quisiera que todo el mundo supiera lo que has hecho-.

Impulsado nuevamente por su exaltación, le arremetió un inesperado

puñetazo en la cabeza de tal magnitud que la habitación pareció girar en círculos alrededor de Alicia, mientras que a poco, todo le quedó a oscuras y se desvaneció semi inconciente.

¡Levántate! ¿Qué diablos pasa?

Acudió hasta donde se encontraba y tomándola por sus brazos, la estrelló contra el colchón de su cama. En su interior sentía como le palpitaban sus sienes, la presión que experimentaba era incontrolable, furioso nada le importaba ya, era incapaz de preocuparse de quien le oyera.

La cara de Lyz permanecía sobre el cubrecama, parecía como si tratase de localizar a su bebé, su cuerpo hincado en el piso era incapaz de responder a reacción alguna. Su vida peligraba.

Los ojos de Manuel la miraron con violencia, sin detenimiento sujetó a su mujer por el cabello y sobre la nuca presionó del tal manera que se escuchó un crujido emergente de su cuello...

En ese instante la habitación se tornó triste, se transformó en un lugar peligroso lleno de obstáculos y evasivas capaces de llevar al abismo...



La juventud de Lyz iba en contra de la muerte y aunque era lo bastante fuerte como para sucumbir, la herida que le había producido el violento ataque de su esposo era fatal. El cartílago tiroides lo tenía destrozado... De su garganta se escuchó un sonido apenas suave. El camino hacía el fin se

abría paso. Lyz apenas podía respirar, su cerebro estaba extinto...

Manuel continuaba bajo una presión enajenada, las arrugas de su frente parecían más hondas ante la impaciencia que le producía su arrebato.

-¡A otro con ese cuento de que ya no puedes!-, rugió mientras reacomodó el cuerpo de Alicia, el ímpetu del movimiento fue tal que logró variar algunos grados la posición original del lecho.

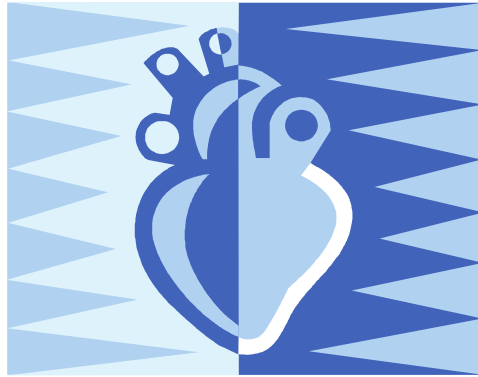
Instantes después el hombre viró violentamente y ante su campo visual apareció el clóset. Cuidando de que su mujer no estuviera fingiendo, y en un momento inesperado tratara de huir y denunciarlo, abrió sin perder tiempo la puerta del armario e inició su búsqueda... En término de horario la agonía de Alicia avanzaba pronto...

-¡Vamos Lyz, ya basta! No tiene objeto seguir con esto toda la noche!

Y tomando los brazos entrecruzados sobre la espalda de su esposa, empezó a atar con un alambre propio de un gancho sacado del guardarropa... Las vestimentas que eran soportadas cayeron al suelo luego del impetuoso jalón por lograr su cometido.

-A ver si vuelves a dudar en hacer por las buenas lo que te digo, tengo que enseñarte las cosas que no se le deben de hacer a un hombre.

El cuerpo de Alicia comenzó a estremecerse, las convulsiones eran cada vez más fuertes, inesperadamente Manuel la soltó. Perturbado por un horror pasajero se detuvo a ver como su mujer se reincorporaba a su estado de inconciencia. Veinte minutos habían transcurrido desde el principio de la agresión. El cuerpo de Lyz tembló por última vez. Con la respiración entrecortada se mantenía en la postura en la que salvajemente fue sometida, mientras que fuera de si, su marido continuaba con el amarre de sus muñecas. Absorto en su empeño por inmovilizar a Alicia, Manuel no se dio cuenta del paro respiratorio al que se enfrentó... Instantes después su corazón dejó de latir...



Alicia comenzó un nuevo camino dentro de una amplia caverna oscura llena de misterios, a lo lejos, penetró suavemente una luz. Se enfiló al trance fatal.

En un santiamén, Manuel terminó con la atadura. Su alborozo cesó momentáneamente. Con sus ojos vivaces y aún sin darse cuenta de que Alicia había muerto, la tomó de un hombro y dio un tirón a su cuerpo que inerte cayó sobre la ropa que momentos antes había tirado al suelo. Una aura oscura pareció envolverlo y transformarlo en un lobo en celo que sació sin detenimiento su instinto animal.

De pronto, tal y como el agua es succionada por un drenaje, las fuerzas lo abandonaron. A sus espaldas, la habitación se encontraba en plena quietud.

-¡Vamos Lyz, no es para tanto!. Tenemos que serenarnos... Lyz, ¡Lyz! ¡Lyz, qué te pasa?...

No era una pesadilla, por un momento el hombre a fuerza de su recuerdo volvió en sí. Era como si el miedo, el dolor y la furia contenidos se apoderaran nuevamente de él.

¿Acaso debía ser infalible consigo mismo?

Frente a un espejo se decía una y otra vez:

-No te culpes, ¡ya basta de culpabilidad! Tú no mataste a Alicia, fue un accidente... Tú no la querías matar... fue un accidente...

Muchos sentimientos se arremolinaron en su interior. Sin decir palabra, mitigando su propia necesidad de consuelo, intentó dormir.

Era de madrugada. La madrugada del último día de agosto...

